

# En lo próspero y en lo adverso

## El esplendor de la verdad del amor matrimonial

*Michael Ryan*

**E**n una ceremonia de matrimonio donde todo parece ser felicidad, fotos, sonrisas y fiesta, las palabras del rito tienen una nota disonante que siempre me ha llamado la atención: «en lo adverso». ¿No parece fuera de lugar y hasta de mal gusto recordar la adversidad en un momento así? Sin embargo, en esas palabras va toda una visión del matrimonio y del amor. Esto es lo que las siguientes líneas quieren explicar.

Después de la publicación, de la Carta de Juan Pablo II a las familias<sup>1</sup>, me viene a la mente una preocupación: ¿cómo hacer llegar al pueblo de Dios la comprensión de las riquezas del matrimonio cristiano? ¿Cómo hacer a la familia más fuerte para que no se engañe con las presentaciones deformadas que el mundo presenta y que «contradicen “la verdad y el amor” que deben inspirar la recíproca relación entre hombre y mujer y, por tanto, son causa de tensiones y divisiones en las familias, con graves consecuencias, especialmente para los hijos»<sup>2</sup>?

El matrimonio exige un amor muy grande entre las personas. Calcado sobre el misterio de la relación de Cristo con la Iglesia los esposos están llamados a entrar en la dinámica del amor de Aquél que amó «hasta el fin». A este propósito dice el Papa: «¿Acaso se puede imaginar el amor humano sin el esposo y sin el amor con que Él amó primero hasta el extremo?

---

1. *Carta de Juan Pablo II a las familias en ocasión del año de la familia*, 2 de Febrero 1994. Se citará el texto del *L'Osservatore Romano* en español, 25 de febrero 1994. Para facilitar la localización, se citarán siempre el número y el párrafo.

2. Carta...n. 5, 3.

Sólo si participan en este amor, en este “gran misterio”, los esposos pueden amar “hasta el extremo”: o se hacen partícipes del mismo, o bien no conocen verdaderamente lo que es el amor y la radicalidad de sus exigencias. Esto constituye indudablemente un grave peligro para ellos»<sup>3</sup>. La perseverancia en un amor así es, por tanto, un don de Dios que da una visión de fe del matrimonio y concede una fuerza especial para llevar esa visión a la práctica. Como aportación a esta tarea hago las siguientes reflexiones que quieren ayudar a las parejas a perseverar en su amor «hasta el final».

## 1. El concepto del amor que supone el matrimonio.

«Yo te tomo a ti por mi esposa/o y prometo ser te fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida». Éstas son las hermosas palabras con que dos personas se hacen marido y mujer. Durante la vida de la pareja la fidelidad a estas palabras va a exigir una gran dosis de inteligencia y de virtud. Inteligencia y virtud que suponen un concepto profundo del amor.

¿Qué tipo de amor es el que dice a una persona «yo te amaré incluso en la adversidad»? Decir «yo te amaré mientras estás joven y guapo/a y mientras me encuentro bien contigo» no causa sorpresa. Lo otro sí impresiona. Para comprenderlo hay que conocer, en profundidad, lo que es el ser humano. En este sentido el Papa dice en su carta que ha sido grande el progreso en el conocimiento del mundo material y también de la psicología humana, pero «respecto a su dimensión más íntima, la dimensión metafísica, el hombre de hoy es en gran parte un *ser desconocido* para sí mismo»<sup>4</sup>.

A nadie le es desconocido lo que la adversidad en el matrimonio puede llegar a ser. Conocemos los sufrimientos reales de muchos matrimonios y lo que la ciencia psicológica ha descubierto de las deficiencias y enfermedades psíquicas que, en algunos casos, hacen difíciles e incluso imposibles verdaderas relaciones humanas: la mala elección, la falta de comunicación, el miedo al compromiso, el afán de dominio, la

3. Carta...n. 19, 8.

4. Carta...n. 19, 11.

inmadurez, el egoísmo y otras cosas semejantes amenazan el matrimonio. Estos hallazgos han permeado una cierta literatura que divulga ideas sobre la imposibilidad del ideal de amar para siempre a una persona. Estoy pensando ahora en libros como *Mujeres que aman demasiado*, de Robin Norwood, y que comienza con esta frase: «Cuando el estar enamorado es estar en dolor, entonces se está amando demasiado». Desde luego hay que interpretar esta frase en todo el contexto del libro, pero sí nos da una idea de cómo se piensa hoy del tema.

Es un hecho que existe hoy una crisis de la verdad y de los conceptos<sup>5</sup>. Esta crisis afecta especialmente el concepto del amor. Ahora bien, si el matrimonio se basa sobre una idea falsa de lo que es el amor, no subsistirá. Es como la construcción de un avión: si se construye pensando sólo en los gustos, en los colores, etc., pero sin tomar en cuenta las leyes de la aerodinámica, entonces el avión estará muy bien para las fotografías, para quedarse en tierra, pero no para volar en el aire que es en donde le tocará moverse. Una vez construido sobre información falsa, de nada servirá «retocarlo» cuando no funciona. Estará viciado en su raíz. Lo mismo sucederá a un matrimonio construido sobre una idea falsa del amor y de la vida. Funcionará el día de la fotografías, pero no podrá «volar», no resistirá la vida real. Por desgracia, para una cierta parte de nuestra sociedad el matrimonio es una realidad totalmente dominada por el ego. Es considerado en relación a la satisfacción que da. Ahora bien, si la vida en sí es ya difícil para el ego, cuánto más difícil será la vida de dos egos que tratan de vivir juntos y por un largo período de tiempo. No habrá modo de evitar las consecuencias dolorosas de vivir egoísticamente. Entonces, lo más normal será huir o volverse locos (que es otra manera de huir). En algunos casos, las dificultades serán el momento para aprender algo sobre el verdadero amor. ¡Pero ojalá las parejas hayan aprendido esa lección antes de casarse!

La idea central de la presente reflexión es la siguiente: el amor del matrimonio, que es el don mutuo de dos personas que se prolonga en los hijos, es capaz de proyectarse más allá de todas las circunstancias -incluyendo la adversidad- porque es el ofrecimiento de amar a una persona como tal, y esto significa querer su bien e, incluso, querer para ella el Bien absoluto.

---

5. Cfr. Carta...n. 13, 5.

Esta es la idea *esplendorosa* del amor que es capaz de fundar un matrimonio.

De este concepto hay una magnífica explicación en el libro *Amor y Responsabilidad*, que vale la pena resumir aquí. En esa obra, K. Wojtyła, el futuro Papa, hace un análisis del amor. Dice que es una palabra equívoca y que significa muchas cosas, desde el deseo hasta el amor de complacencia, pasando por la atracción, lo sentimental, el amor de concupiscencia y la simpatía afectiva. Dado que una persona humana nunca puede ser «usada», es lógico que el amor más completo entre dos personas tenga que ser coronado por la benevolencia. No es suficiente desear a la persona como un bien para mí mismo; es necesario además, y sobre todo, querer su bien. Y, aunque el amor del hombre y de la mujer no pueda dejar de ser un amor de concupiscencia, ha de tender continuamente y en todas las manifestaciones de la vida común a convertirse en una profunda benevolencia. Si en el origen de la relación no hay más que el placer o el provecho, dicha relación durará mientras cada cual vea en el otro un objeto de placer y provecho propio. Apenas dejen de serlo, la razón de su «amor» desaparecerá. No puede durar si no es más que la combinación de dos egoísmos.

Tampoco basta la simpatía afectiva para fundar el matrimonio. A pesar de lo hermoso de este sentimiento y lo que aporta de calor a la relación, se debe decir que no es suficiente, porque el acento sigue cayendo sobre el propio estado subjetivo: «me siento bien en la presencia de aquella persona». Hace falta el compromiso de la voluntad y de la libertad por las cuales se decide querer el bien para la persona amada. La debilidad de la simpatía proviene de esta falta de objetividad. El amor en su conjunto no se limita a la simpatía, como la vida interior de la persona no se reduce a la emoción ni al sentimiento.

La simpatía afectiva puede parecerse mucho al amor de benevolencia, pero esconde una buena dosis de ilusión pues se funda, sin embargo, sobre la emoción. Esto se ve muchas veces en las tergiversaciones de las que es capaz, siempre en beneficio de sí misma. Por causa de esta semejanza con el amor se cometen muchos errores, entre los cuales el fundar en la simpatía una relación como es el matrimonio. Otro error es el de creer que desde el momento en que termina la simpatía, el amor también se acaba. Esta opinión, bastante dañosa para el amor

humano, denota una laguna en la educación del amor, pues el amor no es algo que «se da espontáneamente», que «nace», sino es una continua construcción e integración de todas las fuerzas que lo componen.

¿Por qué hablar tanto del amor de la voluntad? No es para despreciar el aspecto afectuoso y sensible del amor, sino para señalar la verdadera plenitud a la que está llamado el amor de la persona amada. ¡Se trata de amar más y mejor! Veamos en qué sentido. La voluntad es la facultad con la cual se busca lo que es bueno. Pero como ninguna cosa particular agota toda la bondad de la que es capaz la voluntad, se dice que ésta está abierta a todos los bienes y al Bien infinito que es la felicidad total. Por lo tanto, cada persona es capaz de querer para sí el Bien infinito y la felicidad total. Pero es capaz también de quererlo para otra persona. De este hecho se puede deducir que el amar totalmente a una persona será desear para ella el mismo Bien infinito y la misma felicidad absoluta de la que soy capaz de querer para mí mismo. Esto es el amor en su máxima expresión. Éste es el amor que fundamenta el matrimonio. El Papa concluye estas ideas de la siguiente manera:

La tendencia quiere sobre todo tomar, servirse de la otra persona, el amor, por el contrario, quiere dar, crear el bien, hacer felices. Bien se ve de nuevo cuán penetrado ha de estar el amor matrimonial de todo aquello que constituye la esencia de la amistad. En el deseo del bien infinito para el otro «yo», está el germen de todo el ímpetu creador del verdadero amor, ímpetu hacia el don del bien a las personas amadas para hacerlas felices.

Este es el rasgo divino del amor. En efecto, cuando un hombre quiere para otro el bien infinito, quiere a Dios para ese hombre, porque sólo Dios es la plenitud objetiva del bien y sólo Dios puede colmar de bien al hombre. Por su relación con la felicidad de algún modo está rozándose con Dios. Es verdad que «plenitud de bien» y «felicidad» no suelen entenderse explícitamente así. «Quiero tu felicidad» significa: «Quiero lo que te hará feliz, pero de momento no me preocupa qué es la felicidad». Sólo las gentes profundamente creyentes se dicen el uno al otro expresamente: «Es Dios». Los otros no terminan su pensamiento, como si dejasen en esto la elección a la persona amada: «Lo que te hará feliz, es lo que tú mismo deseas, eso en

lo que tú ves la plenitud de tu bien». Con todo, toda la energía del amor se concentra al exclamar: «Soy yo el que lo quiere para ti»<sup>6</sup>.

Estas ideas han ilustrado lo que implica el amor en su expresión total. Ahora, para completar este punto, quisiera explicar la misma idea desde el ángulo de la felicidad de la persona amada. Lo haré en la forma directa, como si un novio o una novia lo estuviera diciendo: «Cuando me preguntan por qué me caso contigo, lo primero que me viene a los labios es “porque quiero hacerte feliz”. Pero, enseguida reflexiono más en profundidad y me viene la pregunta: ¿qué significa hacer feliz a una persona? En el caso nuestro, ¿cuál es la felicidad que te prometo y para cuya consecución me comprometo para toda la vida? Sé que tengo que superar un modo de ver meramente pragmático fruto, como nos dice el Papa, del positivismo agnóstico y utilitarista de nuestro tiempo que es incapaz de reflexionar “metafísicamente”<sup>7</sup>. Tengo que llegar al misterio de tu persona».

«Yo sé que hay felicidad y felicidades. Un vestido nuevo, un viaje, los hijos, nuestra vida conyugal... constituirán momentos de felicidad y nuestro matrimonio busca dar estas cosas también. Sin embargo, yo sé que estas felicidades nunca te darán la felicidad total. Hay algo en ti que no se llena con nada de lo que es finito. Sigue siendo verdad lo que San Agustín decía después de haber disfrutado muchas cosas: “Tú, Señor, nos hiciste para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”. Esto te lo aplico también a ti».

«Es la felicidad completa la que quiero para ti. Esto es el objetivo último de mi compromiso: el bien total y definitivo de tu persona. No busco que estés bien... sino busco el bien, y el Bien total para ti. Ésta es la meta a largo plazo que tomo como compromiso y a la que prometo ser fiel. Prometo hacerte feliz, sí, pero no sólo con las felicidades pasajeras y necesariamente limitadas de todos los días, sino que quiero alcanzarte la Felicidad con mayúscula».

«Sé que yo no soy capaz de darte esta felicidad total que anhelas, pues yo también la busco, yo también soy mendigo,

---

6. *Amor y Responsabilidad*, Madrid, Razón y Fe, 1978 (12a. ed.), pp.150-151.

7. Cfr. Carta...n. 13, 6.

pero me comprometo a acompañarte en el camino y en la búsqueda de esa felicidad que nada ni nadie te podrá quitar. Eres una persona, amada por Dios por ti misma; yo también te quiero en la totalidad de tu ser y, por eso, quiero tu bien total. Por eso te quiero para siempre, para toda la vida, hasta que alcances tu meta. Y esto para mí vale la pena y las penas que pudiera implicar. Por eso me atrevo a decirte: «en lo próspero y en lo adverso». Con esa expresión te quiero decir que te amo tanto que quiero tu bien total y te prometo fidelidad hasta que lo logres. Ni siquiera la adversidad me hará renunciar a este amor, a este objetivo, a este compromiso».

Si la pareja se ama así, en profundidad, tendrá más fuerza para superar las dificultades. En la vida, cuando tenemos una gran meta, los problemas se hacen más llevaderos y más pequeños. Así es también en el matrimonio. La pareja que tiene una meta, un objetivo suficientemente grande como para justificar los sacrificios del camino, encontrará razones para ser generosa. En el caso del matrimonio es la felicidad total de la persona amada lo que justifica los sacrificios que exige el don de sí mismo. Ser capaz de un amor así es la prerrogativa del ser humano hecho a imagen y semejanza de Dios. En el don de sí mismo es como encuentra su plenitud. La fidelidad a ese don exige renovarse todos los días. La fidelidad es una permanente creación: es sentir siempre la frescura del primer amor. A este propósito es muy iluminadora la siguiente cita de *Amor y Responsabilidad*: «El hombre es, en cierta manera, un ser condenado a crear. La creación es para él una obligación igualmente en el terreno del amor. Con frecuencia el verdadero amor no llega a formarse a partir de materiales prometedores de sentimiento y de deseos. Sucede incluso lo contrario, cuando materiales modestos producen a veces un amor verdaderamente grande... Pero semejante amor no puede ser sino obra de las personas y de la gracia... participación escondida del Creador invisible que, siendo Él mismo amor, tiene el poder, a condición de que los hombres colaboren, de formar todo amor... Por lo cual el hombre no se ha de desalentar si su amor sigue caminos tortuosos, porque la gracia tiene el poder de enderezarlos»<sup>8</sup>.

---

8. *Op. cit.*, p. 153.

## **2. «Te amo con el amor con que Dios te ama». La fuerza transformadora del sacramentos del matrimonio.**

Pensar el amor en los términos arriba descritos no es fácil para el hombre de hoy. Se trata de una «difícil prueba», dice el Papa<sup>9</sup>. Por eso le recuerda la necesidad de la oración, porque «el amor puede ser profundizado y conservado solamente por el Amor»<sup>10</sup>. Veamos ahora cómo Dios acompaña al hombre en esta vocación y cómo hace real su palabra: «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

El Papa pone como título del segundo capítulo de su carta «El esposo está con vosotros». Es un título que expresa el conforto que Dios da a las parejas. Esta presencia-consuelo de Dios está especialmente presente en el sacramento del matrimonio<sup>11</sup>. ¿Qué significa este sacramento para el amor de los esposos?

Los sacramentos, en general, se definen como signos que dan la gracia. Cada sacramento tiene un signo diverso (el agua, el pan, etc.) y cada sacramento da gracias propias. El matrimonio da la gracia de vivir con amor generoso la vida matrimonial y familiar convirtiéndola en fuente de gracia y en camino hacia el cielo. ¿Cómo? Cristo transforma el amor de los esposos, lo envuelve en su propio amor. Expliquemos este concepto.

Cuando dos personas llegan a madurar un amor, sienten la necesidad de que ese amor sea total. Cada uno quiere ofrecer al otro un don perfecto, pues el amor siempre busca lo más perfecto para el ser amado. Quisiera que el amor tuviera todas las cualidades del bien: «te quiero amar con un amor que sea pleno, eterno, fiel, grande, hermoso, sin egoísmo, sin mancha».

Pero enseguida el ser humano se da cuenta que es débil, temporal, finito, capaz de egoísmo, de trampa y de manipulación. Quiere ofrecer un regalo perfecto, pero se da cuenta de que no tiene todo lo que ofrece. Quiere ofrecer un amor generoso y se da cuenta que puede ser tacaño y mezquino. Parece que el amor quiere ofrecer más de lo que realmente tiene. Y es así.

---

9. Carta... n. 7, 9.

10. Carta...n. 7, 7.

11. Cfr. Carta...n. 19.

Entonces, ¿qué hace un cristiano frente a este dilema? Hace lo que hace en todos los momentos fuertes o difíciles: ¡reza! Dirige su mirada a Cristo y le pide ayuda: «quiero amar a mi pareja con un amor perfecto y Tú me tienes que ayudar, Tú me tienes que apoyar». Y Cristo viene en ayuda. En este sentido, el matrimonio cristiano no es una realidad de dos protagonistas, sino de tres.

A la luz de la fe, el cristiano descubre que también Cristo-Dios conoce y ama a su pareja. Los novios pueden decirse con toda verdad: «antes de que yo te conociera y amara, Cristo ya te conocía y te amaba; además, te amaba con el tipo de amor con el que yo quiero amarte: un amor fuerte, eterno, fiel, paciente, lleno de perdón, probado en el crisol de la entrega, llevado hasta la medida más grande de dar la vida por ti».

Los novios cristianos han de hacer de este descubrimiento motivo de meditación en la preparación de su matrimonio. Es necesario que cada uno reflexione sobre el amor que Cristo tiene por la persona a quien ama. El Papa habla de un «Dios-esposo que ama hasta el extremo»<sup>12</sup> haciendo eco a tantos otros textos de la Escritura donde Dios manifiesta su amor por su pueblo y Cristo por su Iglesia. En relación con esto último tenemos el gran texto de San Pablo en la carta a los Efesios donde se dice cómo Cristo ha amado a la Iglesia y se ha entregado por ella (5, 25-27). En el caso de los novios y de los esposos ellos pueden concretizar estas ideas: el amor que Cristo tiene por la Iglesia es el amor que tiene por mi esposo, por mi esposa.

Para su matrimonio, pueden pedir a Cristo un regalo estupendo. Pueden pedirle una alianza de amores: «Cristo, Tú y yo amamos a la misma persona. Tú la amabas antes que yo. Además, Tú la amas con el tipo de amor con que yo quisiera amarla. Yo quiero unir mi amor al tuyo, quiero que te sumes conmigo para que así también mi amor pueda ser fuerte y pleno». El sacramento realiza esta compenetración de amores. Cristo toma el amor humano y, sin quitarle nada de lo humano, lo reviste del suyo, lo fortalece con el suyo. Después de este momento los esposos pueden decir: «yo te amo con todo mi amor, pero ya es con mi amor revestido y enriquecido con el amor que Cristo te tiene».

---

12. Carta...n. 19, 3.

Por eso dirá el Papa: «Sólo si participan en este amor y en este “gran misterio” los esposos pueden amar hasta “el extremo”: o se hacen partícipes del mismo o bien no conocen verdaderamente lo que es el amor y la radicalidad de sus exigencias»<sup>13</sup>.

Para terminar podemos indicar algunas consecuencias prácticas de lo que acabamos de decir y que pueden ayudar a vivir mejor el matrimonio. Desde el momento en que sus amores son amalgamados con el amor que Cristo les tiene, todos los actos de amor de los esposos son también vehículo del amor de Cristo. Ésta es una de las realidades por las que los esposos llegan a ser instrumentos de santificación mutua. Los esposos son «signos» e instrumentos eficaces de gracia el uno para el otro. Atreviéndonos a poner estas ideas en una imagen concreta podríamos decir: cuando una esposa espera a su marido en la noche con una cena caliente, no sólo le hace un gesto de amor humano, sino este gesto de amor suyo es, también, portador del amor de Cristo (por tanto, de gracia). Cuando un esposo acompaña a su esposa en un momento difícil dándole el apoyo que necesita le da amor, pero también le comunica el amor (la gracia) que Cristo le tiene. Así, los esposos son los embajadores del amor de Cristo el uno para el otro. ¡Qué hermosa misión! «Me toca hacer presente en tu vida -con mi amor- el amor que Dios te tiene. Mi amor por ti hace “visible” ese amor divino».

Obviamente esta manera de ver el matrimonio abre una perspectiva nueva para entender también la fidelidad hasta la muerte en el amor. «Si mi amor está unido al amor de Cristo ya no puedo “echarme para atrás”». El sacerdote en la misa tiene el poder para consagrar la hostia pidiendo a Cristo ese milagro con la seguridad de ser siempre escuchado; pero no tiene poder para des-consagrar la hostia. Cristo da por supuesto que hablamos en serio y toma infinitamente en serio nuestras decisiones, nuestra libertad, nuestras entregas. Dios te ha hecho capaz de darte, de entregarte; Él lo avala y Él te sostiene.

Finalmente el poner el amor de Cristo como un factor del matrimonio, hace que ese amor llegue a ser el modelo y la medida. Los esposos tratarán, en lo humanamente posible, de amar como Cristo ama, pues aman ya con Él. En un mundo

---

13. Carta...n. 19, 8.

donde el matrimonio ha sido tan desprestigiado y trivializado y donde los modelos son tan efímeros y pobres, ¡cómo es importante resaltar el matrimonio cristiano en toda su belleza ideal! Así los esposos se estimularán a trabajar, a ser fieles, a ser delicados, a ser perseverantes, a encontrar razones para luchar e incluso razones para amar por encima de las adversidades grandes o pequeñas que la vida pueda traer.

¡Qué bien definía A. de Saint Exupéry cuando decía que el ¡amor no es el mirarse sino el mirar juntos en la misma dirección! ¡Qué grandeza da el misterio cristiano a esta verdad humana: el amor mira a Dios, destino único y total de cada corazón humano, y el amor hace ese camino de la mano del mismo Cristo que también es Esposo y... sabe algo de matrimonio!

#### MICHAEL RYAN

Michael Ryan es licenciado en filosofía por la Universidad Gregoriana y en teología por la Universidad de Santo Tomás (*Angelicum*), de Roma. Ha sido asesor espiritual del centro de consultoría familiar «Alfa Omega» en la Ciudad de México, y es actualmente profesor-asistente de ética social en el ateneo *Regina apostolorum* en Roma.

